

La higiene en la inteligencia

C. García-Sala Viguer

Hospital Infantil «La Fe», Valencia

El cerbero del niño es como una placa fotográfica, cuya impresión requiere sumo cuidado, porque las primeras impresiones depende el futuro destino intelectual y molar del ser y muchas veces su salud en general.

Hasta la edad de los tres años puede suponerse que el instinto domina en absoluto, y que más que instrucción, de inutilidad siempre, se trata de educación que entra por los sentidos especialmente y no desarrolla en el cerebro raciocinio alguno, sino lo que pudiéramos llamar intelectualidad instintiva, nacida de la asociación de las ideas rudimentarias.

Por ello es necesario que el niño no vea en sus padres y familiares nada contrario a las ideas que le inculcan, porque con esa lógica natural y poderosa de la infancia, protestará contra lo que se le ordene si no corresponde a lo que ve y lo que oye. Más de una vez os contestará respecto a una prohibición: ¿Por qué no puedo hacer esto si lo haces tú? Eso indica por parte de los preceptores del niño una comprensión incompleta del modo de educar, ya que la educación infantil ha de tener bastante disciplina, pero mucho más de cariño y no poco de lógica.

La sugestibilidad del niño es extraordinaria, nace del instinto de imitación, el más desarrollado en la infancia y que se continua con la tendencia a aproximarse a todo aquel que sabe agrada, noción preciosa para dirigir su voluntad y sus sentimientos.

La memoria es la más importante de sus facultades cerebrales, siguiéndole en importancia la atención, en virtud de la cual, el conocimiento de las cosas entra por los sentidos, y con ellos damos de manos a boca con el verdadero procedimiento de enseñar, que hasta hace unos años no formaba parte del plan educativo y que hoy se conoce con el nombre de *Lecciones de cosas*.

Sobrecargar la memoria significa matar el entendimiento, hacer del cerebro un inmenso almacén de cosas sin ilación

posible, convertir en amenos papagayos a los hombres futuros. Es preciso dar sólo aquella instrucción fundamental en todos los órdenes de la vida, proceder con lentitud en su administración y habituar al niño a que comprenda la encadenación de los hechos, dejando para más tarde la explicación que requiera una atención interna profunda.

El principio es «instruir deleitando», no hacer odioso el estudio, recurrir poco al libro y mucho a todo lo que nos rodea y en todas partes. Por poco que sea el bagaje científico de la madre, se puede utilizar como material provechoso para que no olvide lo aprendido y se despierte en el niño el deseo de saber, que es convirtiendo la curiosidad insaciable de la infancia en acicate para la instrucción.

Es necesario que los padres preparen la acción del maestro, ya que el metodismo de la enseñanza y la dificultad de graduarla según cada inteligencia y no según cada edad, hace difícil la verdadera función de la escuela.

Tiene además otras ventajas la enseñanza en el hogar durante los primeros años, establece entre los padres y el hijo una solidaridad que no se destruye fácilmente, y con ello estrecha los lazos de la familia, permite educar al propio tiempo el sentimiento y la moralidad.

Con esta dirección de enseñanza casera, paterna prolongada y discreta, se abreviarían de un modo notable los estudios y se evitarían de un modo notable los estudios y se evitarían muchos trastornos y enfermedades que luego los niños sufren de mayores.

Naturalmente que no todos los padres pueden hacer lo indicado, pero incluso el padre instruido medianamente, puede ayudar, ya que no sustituir, al maestro en los primeros años de la vida del niño a que nos venimos refiriendo. Es cuestión de voluntad.

A este respecto es interesante citar un párrafo de Payot, que dice «no hay inteligencia completa sin una fuerte educación moral».